

Remando y tejiendo en los ríos: las Antígonas latinoamericanas

Karen Johana Peñuela Montañez¹
kjpenuelam@ut.edu.co

*Cantamos porque el río está sonando
y cuando suena el río, suena el río
cantamos porque el cruel no tiene nombre
y en cambio tiene nombre su destino.*

Mario Benedetti

Tejer. Cantar. Cantamos. Canto por los hermanos desaparecidos. Canto por las mujeres huérfanas de hijos y esposos. Canto por la no esperanza del niño que sueña con ser astronauta. Canto por los desaparecidos. Canto por los falsos positivos. Canto por los presos y presas políticas.

Acto uno: El río está sonando

Nuestro Sur ha sido un libro abierto lleno de contradicciones: amor por la humanidad, de incansables guerreros y guerreras, de frutos diversos y *Hojarascas* que han puesto en descubierto la frágil condición de la humanidad; de deidades y homenajes a nuestro maíz, cielos y ríos. Nuestro Sur ha dialogado con las diversas expresiones de la tierra, siendo los ríos, esos escenarios históricos y culturales de nuestras diversas comunidades y nuestro pasado indígena originario. El mejor para crear y recrear nuestros ríos es Pablo Neruda:

Orinoco, déjame en tus márgenes / de aquella hora sin hora: / déjame como entonces ir desnudo, / entrar en tus tinieblas bautismales. / Orinoco de agua escarlata, / déjame hundir las manos que regresan / a tu maternidad, a tu transcurso, / río de razas, patria de raíces, / tu ancho rumor, tu lámina salvaje / viene de dónde vengo, de los pobres / y altivas soledades, de un secreto / como una sangre, de una silenciosa / madre de arcilla (2018, p. 15).

Y el rumor de los ríos se convierte entonces en un diálogo. Diálogo social, político, económico y cultural. La lámina salvaje que como radiografía histórica ha atravesado a todas las generaciones que han sido bautizadas en la corriente del río con un fatídico destino, que han sido paridas por sus aguas, que convocan a construir una historia basada en la otredad, desde la memoria colectiva y las voces de los vencidos.



¹Licenciada en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional. Especialista en Pedagogía de la Universidad Pedagógica Nacional. Maestrante en Pedagogía de la Literatura de la IDEAD – Universidad del Tolima. Educadora.

Así los ríos de nuestra Latinoamérica, acompañados por sus altivas soledades, se tiñen de escarlata al convertirse en cotidiano ejemplo de aquellas *otras formas de matar* (en palabras de Brecht). Ríos de razas, patrias de raíces, que han escrito su historia, sus tierras y sus comunidades de desasosiego, y con ellas han llevado a que sus generaciones padezcan todo tipo de torturas, desapariciones forzadas y explotación; ha visto nacer, desde diferentes escenarios geográficos y sociales, generaciones enteras que se resisten a ser olvidadas y desaparecidas, generaciones paridas por mujeres valientes que, como los ríos, nos convocan a recorrer la esperanza y la alegría.

Acto dos: Cantamos por las madres huérfanas de hijos

Nuestras mujeres han parido la historia de la humanidad, no solamente en su estricta relación demográfica, sino que han dado en ofrenda a los diferentes dioses, a aquellas generaciones que nos convocan a la memoria, al nunca más y al ¡Basta ya!

Estas mujeres se encuentran entre ellas, observan sus rostros y reconocen en los ojos de la otredad, un sinfín de sentimientos colectivizados que atraviesan el dolor y la esperanza por la justicia, la verdad y la dignidad. Se abrazan en su pérdida, pero se encuentran en una lucha que no se agota, muy característico del amor por la humanidad.

Superando cualquier criterio de tiempo y espacio, deciden entrar en diálogo algunas de ellas, coincidiendo en sus historias, y al tejer la palabra, van reconociendo a los mismos monstruos anquilosados en el poder, van relacionando prácticas, van abrazando su soledad y anhelo.

En La Plaza de la Dignidad, se encuentran estas mujeres, se observan e intentan descifrar las historias que llevan en su silencio, se reconocen más jóvenes, más viejas, de pronto algunas más inexpertas que otras, pero es allí donde, seguramente la experien-

cia de una generación de madres y abuelas impulsa a las mujeres de pañuelos blancos de nuestro sur a recordar y compartir con las otras, lo que las ha convocado a resistir: “En el 76 empieza un sangriento capítulo para nuestra sociedad y nuestras familias... Comienza la dictadura de Jorge Rafael Videla siendo la más sangrienta de Argentina. Empieza el suplicio del silencio y la soledad. Como pueblo, moriremos de otras formas”². (Saguier, 2006, p. 5)

Inmediatamente, luego de comprender lo que implicaría la conjugación de palabras como “dictadura – sangrienta – pueblo”, Antígona suspira, profundamente, como quien recuerda una historia repetida en diferentes ubicaciones geográficas y tiempos históricos, inmortalizando esa frágil condición humana.

Las mujeres de pañuelos blancos en la cabeza lloran al pasar por la memoria y por el corazón, como si de sus ojos se desprendieran el Orinoco, el Amazonas y el Magdalena, como si de allí emergieran los más importantes ríos de Latinoamérica, mientras que en el ambiente se siente un hermanado aire de desolación, nostalgia, dolor, pero de activa esperanza e incansable lucha.

En medio de la Plaza, Antígona observa en silencio a la señora Luz Marina Bernal, la detalla y en ese proceso, observa el cartel que lleva colgado en el cuello, en el que se encuentra la foto de un muchacho de ojos claros y cabello castaño; lo percibe como si fuera un amuleto, que trae consigo nostalgia, dolor, esperanza y fuerza... luego de un momento decide preguntarle:

— ¿De quién se trata?

A lo que Luz Marina responde:

— Es mi hijo, se llama Farid Leonardo Porras Bernal. Fue desaparecido y asesinado...

² Lo que nuestra abuela no recuerda con nitidez, es que todo este proceso de silenciamiento empieza el 24 de marzo del '76, en donde se da un golpe de Estado a la presidencia de María Estela Martínez de Perón, en el marco del “Proceso de Reorganización Nacional”.

La inquietud de Antígona frente a lo que mencionó Luz Marina era evidente, quería conocer un poco más de aquel joven que con tanto amor cargaba en su cuello.

No faltaron palabras para que Luz Marina se decidiera a empezar a contar su historia:

— “El 8 de enero de 2008 la vida mía cambió y salí de la burbuja en la que vivía con mi esposo, cuatro hijos y una nieta. Ese día me obligaron a entrar a un mundo que ignoré por 48 años, yo vivía en un país que llevaba más de 50 años en una guerra absurda, donde violaban a las mujeres, a las niñas y a los adolescentes, donde había desaparición forzada, tortura, genocidios, desplazamientos y reclutamiento de menores. Ese mundo tocó a mi puerta y lo hizo con el ser más débil, mi hijo Farid Leonardo... Lo pasaron por Falso Positivo” (Zambrano)

¿Falsos Positivos? ¿Qué quiere decir con ilusorios verdaderos? Le pregunta Antígona a la señora Luz Marina, sin embargo, la señora María, hermana con el dolor de Luz, decide responder a las preguntas:

— “No han sido aislados en la historia del país... es una vieja táctica de guerra... Se llevaban a los jóvenes con falsas promesas de trabajo y eran asesinados lejos de sus hogares... Los hacían pasar por guerrilleros muertos en combate, para poder ganarse fines de semana de descanso o por pagas económicas y ascensos... creemos que sigue sucediendo, pero en este país indolente nada pasa”.³(Centro de Investigación y Educación Popular CINEP, 2011, p. 252)

Luz Marina agrega:

— Se llevaron niños de todas las edades, los asesinaban y les ponían uniformes camuflados y botas de caucho, intactas, totalmente nuevas... les colocaban armas en sus manos, les tomaban las fotos... y llenaban sus reportes con números... Redujeron a nuestros hijos a cifras... Farid Leonardo tenía una discapacidad cognitiva, pero ellos no sabían, y colocaron su arma en la mano equivocada.

³ María no tenía claridad de que este fenómeno había reaparecido con el Plan de Seguridad Democrática dentro del gobierno de Álvaro Uribe Vélez, con el fin de vender falsa seguridad a un pueblo que poco reconoce su historia, minimizando en cifras a los hijos de madres populares.

⁴ Para las abuelas de la Plaza de Mayo, y a partir de todo el recorrido histórico que han realizado bajo el objetivo del nunca más, es claro que esté Modus Operandi se implementa bajo la consigna de la denominada “reestructuración social y económica del país” en donde cada pensamiento similar con consignado bajo los ideales del socialismo (y así no lo fuera) debía ser eliminado, totalmente, de la faz de la tierra.

Un silencio cargado de humanidad acompaña aquel lugar de encuentro, sin embargo, se rompe con una frase que recita Luz Marina:

— Yo a mi hijo lo parí para la vida. Mi hijo me parió para la lucha.

Antígona lo reconoce como propio, como sangre viva que recorre por sus venas, asemejándolo con su hermano Polinice, pero aunque no fue quien lo parió, antecede el mismo dolor de una madre que lucha por encontrar sus restos para darle digna sepultura.

Las madres y abuelas de los pañuelos blancos reconocen esas palabras “desaparición forzada — tortura — desplazamientos” y se sienten convocadas por un pasado común, una historia que parece estar destinada a repetirse en diferentes puntos cardinales.

Una de ellas decide aproximar la historia de Luz Marina, a su contexto en Argentina, compartiendo el modus operandi de esa dictadura que se desató en los años setenta, en territorios Borgianos y Cortazinos:

— “Los dinosaurios se encuentran en toda Latinoamérica... en Argentina bajo la dictadura militar de Videla implementaron métodos planificados y clandestinos, en los que desaparecían a nuestros hijos, hijas, nietas y nietos, los torturaban de manera sistemática, apoyados por un paraestado que actuaba de manera invisible ante esta tragedia.”⁴(Saguier, 2006, p. 6)

Antígona las reconoce, ve sus rostros y sus cabellos, las escucha con atención, y en sus relatos encuentra algunas tragedias de Sófocles y en ocasiones concluye que, en definitiva, estas historias, logran superar cualquier tragedia griega.

Como originarias Antígonas, las madres de Nuestra América que, desde su lenguaje de amor, han permitido que la vida misma también florezca, alimentando los bastos ríos que recorren nuestros suelos, no solamente

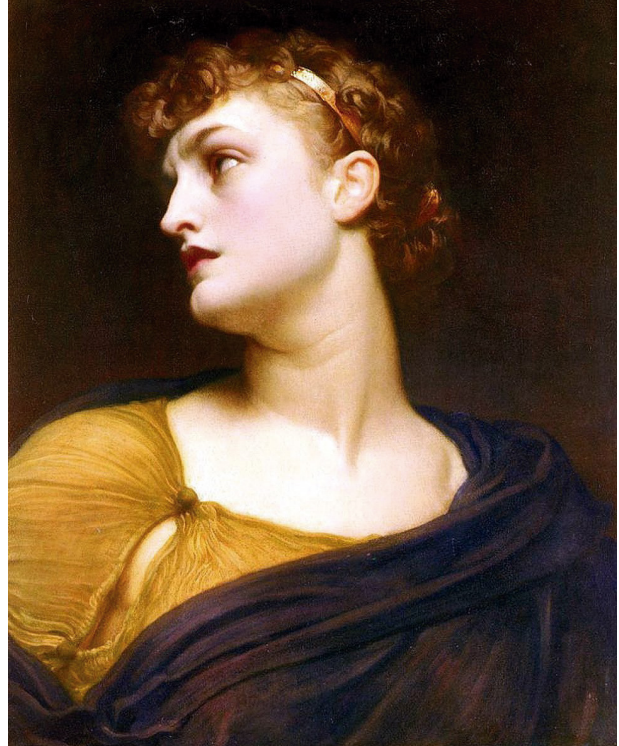
por las lágrimas desarraigadas por sus hijos muertos, asesinados, torturados, exiliados y desaparecidos, sino porque se convierten en sinónimo de memoria, vida y esperanza, dándose a luz, generación tras generación.

**Acto tres: El río está sonando...
no son piedras, son muertos**

En las tinieblas bautismales de los ríos de nuestra América, nuestras sociedades indígenas originarias se vistieron de dioses, brindando desde el respeto, el amor por la humanidad y la vida misma, posibilidades ilimitadas de alimento y resguardo para la subsistencia de bastas comunidades. También han trascendido en la historia como medios de comunicación y subsistencia, que permite garantizar la vida de quienes conviven junto a ellos, asemejándose a gigantescas serpientes que recorren cualquier manifestación de vida:

“El ser que se desliza por los ríos y es los ríos, que ondula y se enrosca, que asciende por los árboles uniendo el mundo subacuático y subterráneo con el mundo de la superficie, que extiende su piel por el cielo formando el dibujo de las constelaciones, ese ser que habita todos los espacios y que va dejando pieles de serpiente a lo largo del camino, constituyéndose también en Dueño del tiempo, es el símbolo vivo de la selva, y uno de los relatos míticos lo muestra también como la serpiente canoa que al avanzar forma el río, y que trae sobre sus lomos a las criaturas que poblarán la selva” (Ospina, 2000, p. 45). En ellos también se deslizan, ondulan y enroscan las bastas historias de pueblos valientes y agueridos, que viajaron en lomos de serpientes, que lucharon y resistieron a intrusos y usurpadores, así como al olvido.

El Magdalena se recrea en cuna con algunas sociedades originarias, el que ha dibujado el lenguaje vivo para el pescador y para los niños que se bañan en él, así como arrullo para los cuerpos sin vida que allí han reposado, viajado por las selvas en canoas de serpientes, esos cuerpos sin parientes, sin madres, que han sido paridos por segunda vez, en el momento en que son adoptados por otro tipo de familia.



Acto cuatro: Parir los hijos de los ríos

En las márgenes del Río Magdalena, viajé por primera vez en chalupa, corría el año 2010, al escuchar el agua hablar mientras viajábamos, me interrogaba por los diversos matices de colores rojizos, escarlatas, cafés y marrones que alcanzaba a percibir en su corriente, y sin necesidad de preguntar, don Pablo, con un suspiro atravesado, me dijo:

— *Por el color que lleva, de seguro en Santa Rosa mataron unos cuatro o cinco... Los trae la corriente del Río Boque. No supe qué decir... El silencio se apoderó de nuestro recorrido, sentía una lluvia de desolación, inquietud, temor y desesperanza en mi pecho. Quería encontrar la palabra precisa, pero ella se presentaba tímida, se escabullía en el lenguaje del río, el cual, por medio de sus sonidos nos contaba las historias que conocía y que aún no se han contado.*

Las preguntas me abordaron ¿Y si fuera mi padre? ¿Y qué pasaría si fueran mis hermanas? ¿Cómo lo llamaría todo si fuera mi madre? ¿Si fueran los hijos que no tengo?... Esta última pregunta me tomó por

asalto, me invitó a comprender que existen diferentes formas de parir, de nacer y de morir en medio de un país que nos obliga a vivir sin memoria. Cerré la pregunta adoptando otras luchas compartidas.

Y sin tiempo y espacio, como los ríos, apareció Patricia Nieto (2012) quien me acercó a esas mujeres río que deciden maternar hijos sin ningún parentesco sanguíneo, pero que les pertenece por historia, territorio y humanidad, les pertenecen como si fueran propios.

Al encontrarla, también encontré que son los ríos los protagonistas en las historias que se construyen en *Los Escogidos*, involucrandome en una comprensión más amplia del conflicto social y armado que hemos vivido y en la que hemos participado, y que desde un lenguaje tejido entre la literatura y la historia, nos camina a comprender los matices de la guerra, más allá de lo bélico que se narra en los libros de texto.

Me acercó al sentido de la vida y la muerte, entretejiendo elementos cotidianos que nos invitan a materializar imágenes vivas de una realidad histórica que no se ha ido, y la escucho hablar, entre párrafos y líneas: “En *Los Escogidos* nos hace comprender que el mismo río de los muertos es el que alimenta y da vida, nos hace sentir no solo el dolor de los crímenes sino el de la picadura de una raya” (Nieto, 2012, p. 14).

Cantando escenarios históricos, me acerca a relacionar las picaduras de las rayas con las bases que dan cuenta de los estudios de la memoria, los cuales surgen a partir de la Segunda Guerra Mundial, en especial, con las diferentes expresiones de exterminio que fueron implementados por los Nazis (Jelin, 2002), petrificando las diferentes experiencias Latinoamericanas, sus dictaduras militares del siglo XX, así como las formas de resistencia al olvido que han encontrado los pueblos, permitiendo comprender esa otra historia contada por los vencidos y desaparecidos.

Así, comprendí que la memoria como el río, es una construcción que permite dar vida a aquellos que de-

ciden edificar civilizaciones en ellas, nos puede alimentar, abastecer, comunicar y parir, una y otra vez, siendo Magdalena quien ha parido a *Los muertos de los ríos*, aquellos muertos que han encontrado otra forma de ser hijos, padres, abuelos, nietos, hermanos.

Patricia me condujo a encontrarlos, a recrear aquella comunicación espiritual con los muertos “A los pies del hombre anónimo, mecido por sus aguas del Río Magdalena, un sufriente descarga su dolor, su miedo y su esperanza” (Nieto, 2012, p. 19) y ví a madres sustitutas llorarlos, alimentando con sus lágrimas aquella Magdalena y aquellas tumbas en las que reposa la frágil condición humana, pero que nos invitan a resistirnos al olvido.

Y de repente, cuando cada hora viene con su muerte, Patricia me presenta a aquellas mujeres que, a manos llenas edifican memoria, desde la adopción de tumbas, desde los rosarios cantados para los muertos, desde la literatura y la narración, compartiéndonos y hermanándonos desde situaciones similares entre diferentes madres que han mecido el cuerpo roto de sus hijos, recorriendo los caminos de la violencia en Colombia:

“Lo traje vuelto huesos en una cajita de cartón que se sacudida con cada remezón del bus. Lo arrullo durante las doce horas que tarda venir de Granada a Puerto Berrío pasando por Medellín. Lo sacó de donde yacía como ene ene para, teniéndolo cerca, abreviar el tormentoso camino de devolverle el nombre” (Nieto, 2012, p. 91).



Y de inmediato recuerdo una escena tácita frente al derecho de sepultar a los hijos en Colombia, y recuerdo la palabra de María en el Documental “Retratos de Familia” (Cardona Restrepo, 2013) en donde viaja con su “chivito”⁵muerto en un bus, mecendolo en medio del dolor y el ambiente invadido del cuerpo deshecho y descompuesto, pero con el amor intacto de una madre que busca, como Antígona, poder enterrar a su muerto de las entrañas.

La indignidad compartida, en donde los muertos son Polinices universales, en donde no poseen el humano y cultural derecho a conocer la dignidad en la muerte: “Son diversos los derechos fundamentales violados, hasta aquel que ha sido considerado sagrado en todas las culturas: enterrar a los muertos y tener donde recordarlos, rezar si se es creyente, colocar una flor y encender una vela” (Castillo Didier, 2018, p. 50). Mientras me encuentro en las páginas de Nieto, escucho noticias de masacres, desaparecidos y deshojados, y pasa un viento de Hojarasca que me recuerda aun más que en Colombia, ni siquiera los muertos tienen el privilegio de la muerte, sino que, van muriendo una y otra vez:

“Desde 1964 los niños del río no hemos dejado de morir (...) y son ellos y sus vecinos y sus primos y sus abuelos y sus novias y sus hijas las que bajan silenciosos, indefensos y anónimos por el Río Magdalena, el mismo que traía la música, la moda y el amor cuando los días eran azules y las noches libres de tormentas” (Nieto, 2012, p. 42). }

Por fortuna son paridos nuevamente por los ríos, los cuales les ofrendan una nueva madre transitoria, que llevará en sus labios el nombre de su ene ene hasta que este pueda morir por completo. Y es precisamente allí donde nos convocamos a parir y parirnos, de manera dialéctica, a través de la historia:

“Los poderosos rayos de luz del astro solar atravesaron las pupilas de la abuela con tal magnificencia que dañaron irremediablemente su vista. En ese momento pensó que tal vez ése era el sentido de los alumbramientos: el acercamiento a la luz. También comprendió que, al estar ayudando a su nuera a dar a luz, se había convertido en un eslabón más de la cadena femenina formada por generaciones de mujeres que se daban luz unas a otras.” (Esquivel , 2005, p. 12)

Cierro el libro, con un nudo que me atraviesa la humanidad, y veo a mi alrededor las mujeres en su juntanza y su hermandad, las asemejo como ríos de esperanza que van pariendo, generación tras generación, la palabra tejida que se vuelve memoria, la lucha que las convoca a parirse entre ellas y que nos recuerda que tenemos un compromiso histórico con los muertos, desaparecidos, torturados y exiliados, estos últimos, que también mueren, todos los días de otras formas.

Son nuestros ríos, nuestras mujeres y nuestras historias, las que permiten que las generaciones actuales nazcan cada día desde la esperanza, no solo como homenaje a quienes en su cálida lucha contra el olvido manifestaron su amor por la humanidad, sino que permite llevar en nuestros labios a quienes fueron desaparecidos de cualquier manera, para la no repetición y el ¡Basta Ya! que se manifiesta en sueños colectivizados de dignidad humana.

No todo está perdido, venimos a ofrecer nuestro corazón.

⁵ Como le decía la Señora María de cariño a su hijo desaparecido y asesinado, pasado como “Falso Positivo”.

Referencias bibliográficas

Cardona Restrepo, A. (Dirección). (2013). *Retratos de familia*. [Película].

Castillo Didier, M. (2018). *Antígona y Priamo: Dos personajes actuales*. *Byzantion Nea Hellás* N° 37, 49-57.

Centro de Investigación y Educación Popular CINEP. (2011). *Colombia, deuda con la Humanidad 2: 23 años de Falsos Positivos*. Bogotá, Colombia: Códice Ltda.

Esquivel, L. (2005). *Malinche*. Madrid: Santillana.

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI de España Editores S.A.

Morales Zepeda, N. (2006). *Agnodice, la mujer médico*. *Boletín Médico - Facultad de Medicina UAS*, 50 - 51.

Neruda, P. (2018). *Canto general*. Bogotá: Planeta.

Nieto, P. (2012). *Los Escogidos*. Medellín: Sílabas.

Ospina, W. (2000). *América Mestiza: El país del futuro*. Bogotá: Mondadori.

Sagüier, A. (2006). *Las abuelas nos cuentan*. Buenos Aires: Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología.

Sófocles. (2001). *Antígona*. Pehuén.

Zambrano, A. (s.f.). *Historias de vida*. Obtenido de *Unidad de víctimas* : <https://www.unidadvictimas.gov.co/sites/cronicas/cronica-luz-bernal/index.html>

Zemelman, H. (1989). *De la historia a la política: la experiencia de América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.